

El lápiz de Esculapio

Por la boca

Pepe Lillo*

Hace varios días le dieron el alta hospitalaria a Agustín, un cliente de ochenta y dos años al que le gusta escribir poesías, que luego trae a la farmacia para que se las pasemos a máquina cuando tengamos un ratito. Venía con la cara de los que se han pasado mucho tiempo en la cama obedeciendo, dejándose manipular sin oponer resistencia, mirando paredes blancas y comiendo cosas sin sabor. Nos dijo que le habían extirpado unas piedras de la vesícula, y que se lo habían hecho por la boca. Todos en la farmacia le miramos extrañados, pero él insistió en que se las habían sacado por la boca y que las tenía en un bote transparente encima del televisor. Cuando se fue, otra clienta nos dijo que ella no había oído eso nunca, y luego nos preguntó si era posible. «Cualquiera sabe —le contestamos sonriendo—, todo avanza tan rápido...»

Esta mañana, Agustín ha venido a tomarse la tensión. Traía una nueva poesía —las escribe en unas hojas amarillas arrancadas de un bloc, con una caligrafía muy trabajada y llena de faltas ortográficas—, dedicada esta vez a su mujer. Nos ha dicho que ella se la había pedido hacía un par de días, y que al leerla se había puesto a llorar. La poesía no es buena, pero está claro que la quiere. Lleva más de cincuenta años con ella y la sigue queriendo. Al preguntarle por cómo iba de la intervención, y por las piedras, me ha dicho que ya no sabe por dónde se las sacaron, que todo el mundo se burla de él cuando dice que se las sacaron por la boca, así que ha decidido no hablar más de ello.

Le he tomado la tensión manualmente. La tenía bastante bien. Se ha levantado en silencio, ha estado buscando calderilla en el monedero para pagarme, después me ha mirado y me ha dicho: «Esta noche pasada mi mujer me ha estado mirando por todas partes». «¿Cómo?», le he preguntado sin saber a qué se refería. «Yo sólo recuerdo —ha continuado— que me pusieron un aparato con un tubo en la boca y que me quedé dormido, y que al despertar me enseñaban las piedras en el botecito. Pero todo el mundo dice que eso no puede ser, así que esta noche mi mujer se ha puesto las gafas de enhebrar y ha estado mirándome por todas partes, buscando una herida en cada centímetro de mi cuerpo... Pero no ha encontrado nada.»

Cuando se ha ido he vuelto a leer la poesía. No es buena, pero me he muerto de envidia.

* José Vicente Aracil Lillo. Auxiliar técnico de farmacia, San Vicente de Raspeig (Alicante, España). Dirección para correspondencia: jvaracil@inicia.es.